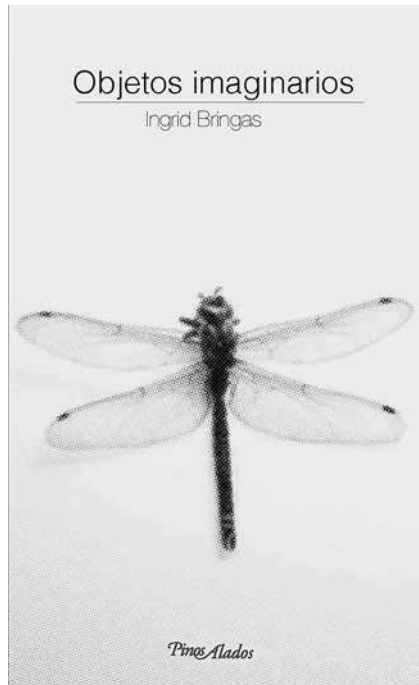


*¿hay algo que recuerdes después del fuego?
todo en la vida es un incendio*
“Fuegos”, *Nostalgia de la luz*, Ingrid Bringas

La aciaga memoria del cuerpo

Heber Quijano



Ingrid Bringas, *Objetos imaginarios*,
Mexicali, Pinos Alados ediciones,
2017.

El cuerpo tiene una memoria que se manifiesta por medio de una intuición, una reacción sintomática y espontánea —como las arcadas ante una situación terrible— o en forma de cicatrices. ‘Memoria sensorial’ es uno de los términos aplicados a dicho fenómeno. El poemario *Objetos imaginarios*, de Ingrid Bringas, es una travesía por las cicatrices de un cuerpo que recuerda y asume (celebra y sufre) su memoria, cuya intuición se poetiza. Eso sí, es una memoria inmediata, fresca, a flor de piel, que no ha desaparecido en la “curva del olvido” y alude al cuerpo, sí, pero también a los influjos que lo forjan, particularmente a los círculos cercanos: “La memoria es un truco, hay alguien que siempre nos persigue” (18),¹ afirma en “Diagnóstico”.

La escritura de Bringas funciona como un síntoma, un acto reflejo que supera la realidad verbal y artística de la poesía y del tema que trata. No es difícil entender que la vida supera en demasía las preocupaciones estéticas —por mucho que no lo quieran los etéreos y sublimes poetas místicos y ontológicos—; hay cosas urgentes que duelen más todavía y de manera inmediata. Esto podemos intuir de la organización de *Objetos imaginarios*, dividido en “Rx”, “Sala de espera”, “Diagnóstico”, “Cuerpos secretos”. Siguiendo esos indicios, es necesario preguntarse: ¿cuáles son los ‘objetos imaginarios’? ¿Los tumores, miomas, infecciones? ¿La salud, la estabilidad físico-emocional, las certezas del futuro, la nostalgia del paraíso perdido? ¿La eternidad, la fatuidad de la vida y su irremediable condición efímera?, o una esperanza más humana: amar y ser amado, como se versifica en el poema “Enfermedad del espíritu”: “el amor todo lo carcome / es un tumor melancólico que come partes del cuerpo” (13). No importa la respuesta a las preguntas arriba planteadas, pues a todos nos brota una “flor cadáver” en el cuerpo. Al menos eso sugiere el poema inicial del libro, alusivo a esa enorme planta que huele a carne podrida: *Amorphophallus titanum*.

Aquí en este cuerpo crece la flor más grande del mundo
un vientre con semillas
[...]

1 Todas las citas pertenecientes a *Objetos imaginarios* corresponden a Bringas, 2017, por lo cual sólo se anota el número de página.

Hay un sitio prohibido en el que *todo se pudre bajo* las plantas de los pies
he muerto tantas veces entre un equinoccio y otro
somos agua y viento (11) [las cursivas son mías].

Antes de desglosar más 'objetos imaginarios', considero pertinente citar el poemario anterior de Bringas. *Nostalgia de la luz* fue publicado por la Universidad Autónoma de Nuevo León y no denota una temática clara, a excepción de los muy puntuales tintes de ironía y sarcasmo, irreverentes en ciertos casos, cáusticos en otros, en contraste directo con ese tono reflexivo e introspectivo de *Objetos imaginarios*. Sin embargo, se puede revelar un poco ese pesimismo casi equivalente al 'dolor cósmico' del primer César Vallejo. Veamos: "Espergesia", del poeta peruano, nació "un día que Dios estuvo enfermo, grave"; el diseño funesto de Bringas es similar: "cuando nací el país era un mar de esquelas" (Bringas, 2016: 53), leemos en "Te llamaré como mi padre". La pista a seguir proviene del año de nacimiento de la escritora: 1985, hecho que se trasluce también en el poema, sintomático de nuestra premisa sobre la memoria:

me llevé tu nombre a la boca
mi padre me trenzó entre sus brazos
mi memoria es un temblor que suda
[...]
¡ay de mi memoria!
que te llama como mi padre [las cursivas son mías].

Las revelaciones poéticas y las epifanías ontológicas que conlleva el arte —*la poeisis* literaria en este caso— siempre se leen en transversal. En términos creativos, cada obra, cada libro, cada pintura, es una página, un episodio de una creación mayor, cuya conclusión es lo que se denomina la poética del autor. En el poema "La rabia", de *Nostalgia de la luz*, se nos clarifica la conexión de esa aciaga memoria que nos revelan las cicatrices, vinculadas ya directamente con *Objetos imaginarios*:

La cicatriz en mi vientre me dice que hay un árbol
voces de mujeres pasadas
un espíritu profundo
¿cuántas cicatrices tiene la gente a lo largo de la vida?
[...]
la cicatriz de mi vientre es fuego, hilos que acunan el sueño
la cicatriz que nos une late fuerte y su pisada silenciosa
grita: estoy sola (Bringas, 2016: 42) [las cursivas son mías].

A la sensación de vacío y soledad explícita se agrega también la memoria corporal, casi sufriente, de la feminidad batiente de las hormonas y sus “calendas purpúreas”: “Tendida entre flores / se secó un océano entre mis piernas” (Bringas, 2016: 41). Este poema —quizá el más bello de todo el libro, ambiguo por sus posibilidades polisémicas, incluso narrativas— bien puede vincularse con una tumba, la solidaridad maternal, de sororidad o de amor en la convalecencia, como la manifestada en “Mujeres que hablan con las manos”: “Una ciudad encendida por una mano que habla, / una mano de mujer te toca la frente, / las dos sentadas a la luz de una vela, / están las manos para entendernos por dentro (17).

Otra de las posibilidades interpretativas del texto tiene que ver con el aborto, la infertilidad o una decisión negativa en torno a la maternidad, al vincularse con el siguiente poema:

Por eso sangro, hay un asesino en mi vientre,
y son mariposas que hablan,
cien orugas con algunos hijos tuyos

por eso sangro, porque *dentro de mí no hay nada* (64) [las cursivas son mías].

Hasta aquí el vientre es metonimia del cuerpo. Sin embargo, importa menos el destino del vientre del sujeto lírico (que a estas alturas ha aparecido ya cuatro veces en los versos citados) que la importancia del cuerpo, de su historia y de su memoria. Es el cuerpo el epicentro de ese “temblor que suda”: la intuición de la muerte, cuyo foco de atención, debemos insistir, es la memoria. El poema “Hospital general” es sintomático de dicha aseveración:

Hospital General:
Cada dolor habla, tiene un lenguaje propio,
el del miedo, habla con las líneas de las manos y la suerte rancia,
un cuerpo habla ¡ay!
[...]
cada dolor habla con una dentadura postiza
la muerte nos habita como una casa,
sólo responde a la necesidad de estar solo,
de mirarnos al espejo y ver cómo se nos caen los pétalos (19-20).

El recorrido de *Objetos imaginarios* es justamente la travesía por la enfermedad —propia o ajena— que deja marcas corporales puntuales (dolores, cicatrices, inyecciones, supuraciones, etc.), y simultáneamente abre heridas espirituales, principalmente, la

vulnerabilidad de la vida, la orfandad y el vacío. Como señalamos arriba, esa poética se percibe desde “Salamandras”, de Nostalgia de la luz:

Hay que asombrarse de la muerte porque llega exacta igual que un
sábado
porque la piel habla las palabras que los labios no conocen
[...]
la memoria es un espejo
en ella recordé a mi padre rasurándose antes de su muerte (Bringas, 2016: 69).

La orfandad paternal está mucho más presente que la maternal (aludida en menos de cinco ocasiones). En ninguno de ambos casos se vincula con el campo semántico (y patológico, médicamente hablando) en torno al vientre. A ello sumamos que la ausencia de la abuela (no del abuelo) se presenta esporádicamente. Padre, madre y abuela son los protagonistas de la poética de Bringas: “muy lejos de casa, los fantasmas han heredado las voces del tiempo” (41). Sin embargo, no se precisa si la convalecencia, la enfermedad y la reflexión poética sobre el cuerpo de Objeto Imaginarios vienen detonadas por la orfandad paternal, dada su preminencia.

De manera previsible, la preocupación sobre el cuerpo y la memoria respecto a éste deriva en una meditación sobre la muerte. ¿Cuál si no sería el destino final de toda reflexión humana? En el caso de la poesía de Bringas sobresale, además, un repudio a las mecánicas sociales en torno a ello:

Debajo de la piel, la enfermedad de otros, el azogue turbio
la imagen del cuerpo
morir de muerte natural

Morir de muerte natural para satisfacer a los otros
para no causar pena (61).

De tal forma, y para concluir, *Objetos imaginarios*, de Ingrid Bringas, atraviesa la enfermedad, la sufre, la poetiza, y todo el poemario confluye en un testimonio que atestigua, revela y sublima la memoria del cuerpo, como si ardiera la palabra. En ese crepitar, la poesía, la vida misma sólo nos deja cenizas: ruido... el ruido de los vivos:

Mi llama sabe
y habla
debimos plantar un árbol se lo dije a mi padre

Heber Quijano

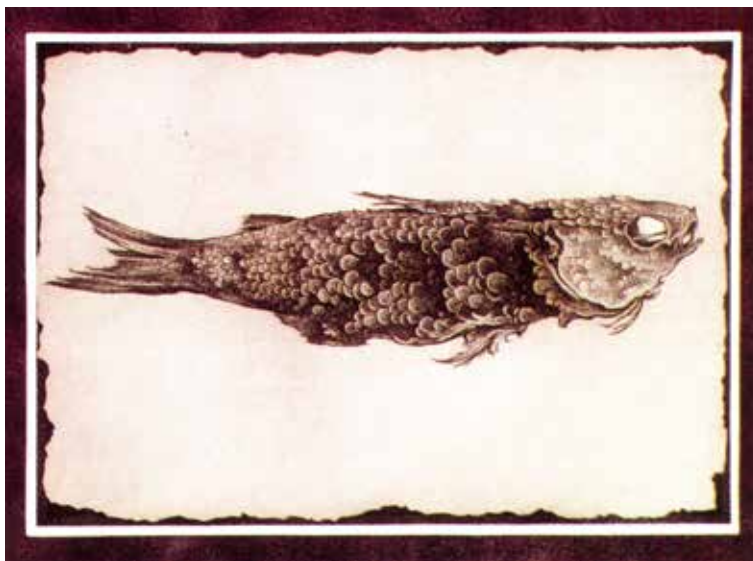
La aciaga memoria del cuerpo
Ingrid Bringas, *Objetos imaginarios*,
Mexicali, Pinos Alados ediciones, 2017.

ese hombre que perdió los ojos para ver las montañas
mi llama sabe de un fuego extinto
a algunos les molesta la muerte
a otros el ruido de los vivos (26).

REFERENCIAS

Bringas, Ingrid (2016), *Nostalgia de la luz*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Bringas, Ingrid (2017), *Objetos imaginarios*, Mexicali, Pinos Alados ediciones.



Pescado, 1993, Aguafuerte, 30 x 40 cm. Colección particular.

Prohibida su reproducción en obras derivadas.

HEBER QUIJANO. Maestro en Humanidades y Licenciado en Letras Latinoamericanas. Ha recibido el Premio Internacional de Poesía Gilberto Owen Estrada 2006 y la Presea Metepec 2014. Ha publicado tres poemarios y cuatro pliegos de poesía, capítulos de libro académico y artículos académicos en revistas indizadas; además, ha colaborado en revistas nacionales y extranjeras con poemas, cuentos, reseñas, ensayos. Laboró como locutor, productor y guionista de radio y como Jefe del Departamento de Producción Editorial de la UAEM. Actualmente es Subdirector de Artes Escénicas en la Secretaría de Cultura del Estado de México, docente y columnista en el noticiario radiofónico Criterio Noticias, de Uni Radio 99.7FM.